



































































(1973), constituyen el registro brillante de un preeminente crítico-artista. Y *Cartas escogidas* (1989), *Correspondencia Nabokov-Wilson* (1979) y la marisma luminosa de esa suerte de autobiografía que es *Habla, memoria* (1967) nos brindan un retrato cuatridimensional de un hombre encantador y respetable. El vicio que Nabokov reprobaba con más frecuencia era la «crueldad». Y su natural delicado se hace más visible en la atención amorosa con la que, en sus novelas, escribe sobre los animales. Pienso ahora en el gato de *Rey, Dama, Valet* (lavándose con una pata trasera levantada «como un garrote al hombro»); en los encantadores perros y monos de *Lolita*, la ardilla de cola oscura, la hormiga inolvidable de *Pnin* y el murciélago enfermo de *Pálido fuego* que se arrastra «como un tullido con un paraguas roto».

Lo llaman «fulgor trémulo», un resplandor, un destello, un brillo. La esencia nabokoviana es una inestabilidad milagrosamente fértil en la que, sin aviso alguno, las palabras se despegan de la vida cotidiana y surcan como bengalas el cielo nocturno, iluminando kilómetros y kilómetros ocultas de deseo y terror. De *Lolita*, en el comienzo de la aciaga cohabitación (*nous connûmes*, inflexión flaubertiana que significa «dimos en saber»):

*Nous connûmes* los diversos tipos de encargado de motel: el criminal reformado, el profesor jubilado, el comerciante fracasado, entre los hombres; las variantes maternal, pseudoaristocrática y de madama de burdel, entre las mujeres. A veces, en la noche monstruosamente caliente y húmeda aullaban trenes con agudeza lacerante y ominosa, mezclando la energía y la histeria en un solo alarido desesperado.

*The Guardian, 2009*